

DOMINGO XX ORDINARIO “A”

“La fe grande y victoriosa”

Is 56,1.6-7:	<i>A los extranjeros los traeré a mi Monte Santo</i>
Sal 66, 2-8:	<i>Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben</i>
Rm 11,13-15.29-32:	<i>Los dones y la llamada de Dios son irrevocables</i>
Mt 15,21-28:	<i>Mujer, qué grande es tu fe</i>

I. LA PALABRA DE DIOS

«*Mujer, qué grande es tu fe: que se cumpla lo que deseas*». Impresiona ante todo de esta mujer cananea su profunda humildad. Pide ayuda a Jesús, pero reconoce que no tiene ningún derecho a esta ayuda. Lo espera todo y sólo de la benevolencia y de la misericordia de Jesús. Todo es gracia. Y no hay otra manera válida de acercarnos a Dios —en la oración, en los sacramentos, etc.— más que con la disposición del pobre que mendiga su gracia. No podemos exigir ni reclamar nada de Dios. «*Como están los ojos de los esclavos fijos en las manos de sus señores, así están nuestros ojos en el Señor esperando su misericordia*».

Impresiona también su fe, que produce admiración al mismo Jesús. A pesar de las dificultades que Jesús le pone, con unas palabras muy duras, ella sigue esperando el milagro, sin desanimarse. ¿Tiene mi fe esa misma vitalidad y energía? ¿Tiene esa capacidad de esperar contra toda esperanza? Las dificultades, ¿derrumban mi fe o, por el contrario, la hacen crecer?

Y, finalmente, impresiona el amor a su hija. Conoce la necesidad de su hija —«*mi hija tiene un demonio muy malo*»— y está dispuesta a no marcharse hasta que consiga el milagro. Insiste sin cansarse. Su compasión contrasta con la postura de los discípulos que le piden a Jesús que se lo conceda para quitársela de encima y para que deje de molestar. ¿Cómo es mi amor a los demás? ¿Me importan? ¿Voy hasta el final en la ayuda que puedo darles, incansablemente, a pesar de las dificultades? ¿O cuando los ayudo es para conseguir que me dejen en paz?

II. LA FE DE LA IGLESIA

Dios rige la vida de los humanos por su providencia:
(301- 307).

Realizada la creación, **Dios no abandona su criatura** a ella misma. No sólo le da el ser y el existir, sino que la mantiene a cada instante en el ser, le da el obrar y la lleva a su término. Reconocer esta dependencia completa con respecto al Creador es fuente de sabiduría y de libertad, de gozo y de confianza.

Llamamos **divina providencia** a las disposiciones por las que Dios conduce la obra de su creación hacia esta perfección. Dios guarda y gobierna por su providencia todo lo que creó.

Jesús pide un **abandono filial** en la providencia del Padre celestial que cuida de las más pequeñas necesidades de sus hijos: «*No anden, pues, preocupados diciendo: ¿qué vamos a comer? ¿Qué vamos a beber?... Ya sabe su Padre celestial que tienen necesidad de todo eso. Busquen primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se les darán por añadidura*» (Mt 6, 31-33; cf 10, 29-31).

Dios concede a los hombres incluso poder **participar libremente en su providencia** confiándoles la responsabilidad de “someter” la tierra y dominarla. Dios da así a los hombres el ser causas inteligentes y libres para completar la obra de la Creación, para perfeccionar su armonía para su bien y el de sus prójimos. Los hombres, cooperadores a menudo inconscientes de la voluntad divina, pueden entrar libremente en el plan divino no sólo por sus **acciones** y sus **oraciones**, sino también por sus **sufrimientos**. Entonces llegan a ser plenamente “*colaboradores de Dios*” y de su Reino.

La confianza y la perseverancia en la oración (2735 – 2741).

La **confianza filial** se prueba en la tribulación, particularmente cuando se ora pidiendo para sí o para los demás. Hay quien deja de orar porque piensa que su oración no es escuchada. A este respecto se plantean dos cuestiones: Por qué la oración de petición no ha sido escuchada; y cómo la oración es escuchada o "eficaz".

He aquí una observación llamativa: cuando alabamos a Dios o le damos gracias por sus beneficios, en general no estamos preocupados por saber si esta oración le es agradable. Por el contrario, cuando pedimos, exigimos ver el resultado. ¿Cuál es entonces la imagen de Dios presente en este modo de orar: Dios como medio o Dios como el Padre de Nuestro Señor Jesucristo?

¿Estamos convencidos de que «*nosotros no sabemos pedir como conviene*» (Rm 8, 26)? ¿Pedimos a Dios los "*bienes convenientes*"? Nuestro Padre sabe bien lo que nos hace falta antes de que nosotros se lo pidamos, pero espera nuestra petición porque la dignidad de sus hijos está en su libertad. Por tanto es necesario orar con su Espíritu de libertad, para poder conocer en verdad su deseo.

«No tienen porque no piden. Piden y no reciben porque piden mal, con la intención de malgastarlo en sus pasiones» (St 4, 2-3). Si pedimos con un corazón dividido, «*adúltero*» (St 4, 4), Dios no puede escucharnos porque Él quiere nuestro bien, nuestra vida.

La fe se apoya en la acción de Dios en la historia. La confianza filial es suscitada por medio de su acción por excelencia: la Pasión y la Resurrección de su Hijo. La **oración** cristiana es **cooperación con su Providencia** y su designio de amor hacia los hombres.

La **transformación del corazón del que ora** es la primera respuesta a nuestra petición. La oración de Jesús hace de la oración cristiana una petición **eficaz**. Él es su modelo. Él ora **en nosotros y con nosotros**. Puesto que el corazón del Hijo no busca más que lo que agrada al Padre,

¿cómo el de los hijos de adopción se apegaría más a los dones que al Dador?

Jesús ora también **por nosotros**, en nuestro lugar y en favor nuestro. Todas nuestras peticiones han sido recogidas una vez por todas en sus Palabras en la Cruz; y escuchadas por su Padre en la Resurrección: por eso no deja de interceder por nosotros ante el Padre. Si nuestra oración está resueltamente unida a la de Jesús, en la confianza y la audacia filial, obtenemos todo lo que pidamos en su Nombre, y aún más de lo que pedimos: recibimos al Espíritu Santo, que contiene todos los dones.

III. EL TESTIMONIO CRISTIANO

«No te aflijas si no recibes de Dios inmediatamente lo que pides: es Él quien quiere hacerte más bien todavía mediante tu perseverancia en permanecer con Él en oración. Él quiere que nuestro deseo sea probado en la oración. Así nos dispone para recibir lo que Él está dispuesto a darnos» (San Agustín).

IV. LA ORACIÓN DEL CRISTIANO

***Tu poder multiplica
la eficacia del hombre,
y crece cada día, entre sus manos,
la obra de tus manos.***

***Nos señalaste un trozo de la viña
y nos dijiste: "Venid y trabajad".***

***Nos mostraste una mesa vacía
y nos dijiste: "Llenadla de pan".***

***Nos presentaste un campo de batalla
y nos dijiste: "Construid la paz".***

***Nos sacaste al desierto con el alba
y nos dijiste: "Levantad la ciudad".***

***Pusiste una herramienta en nuestras manos
y nos dijiste: "Es tiempo de crear".***

***Escucha a mediodía el rumor del trabajo
con que el hombre se afana en tu heredad.***

***Gloria al Padre, y al Hijo,
y al Espíritu Santo.
Por los siglos de los siglos.
Amén.***